

LA LECTURA (RELATO DE UN VIEJO EXPERIMENTADO)

Anton Chéjov

En el despacho de nuestro jefe, Iván Petrovich Semipalatov, hallábase un día sentado el empresario del teatro de la localidad, Galamidov, hablando con aquél de la belleza y manera de interpretar de nuestras actrices.

—No estamos de acuerdo —decía Iván Petrovich al tiempo que firmaba papeles—. Sofía Iurievna tiene un talento fuerte y original. ¡Es simpática, graciosa, encantadora!...

Iván Petrovich se disponía a continuar; pero, no permitiéndole el entusiasmo articular una palabra más, se limitó a sonreír de una manera tan amplia y dulzona que el empresario, al mirarlo, sintió que la boca se le llenaba de algo dulce.

—Me agrada de ella esa inquietud..., ese palpitar de su pecho juvenil cuando lee un monólogo... ¡Arde..., lo que se dice arde!... ¡Dígale de mi parte que en esos momentos yo me siento dispuesto a todo!

—Excelencia..., sírvase firmar esta comunicación de la Comisaría de Jerson, referente a...

Semipalatov alzó su rostro sonriente y vio ante sí al funcionario Merdiaev, que con ojos inexpresivos le presentaba un papel para la firma. Semipalatov hizo una mueca de desagrado. La prosa venía a interrumpir a la poesía en el momento más interesante.

—Esto podía haberse dejado para después. ¿No ve usted que estoy conversando? ¡Qué gente tan mal educada y tan poco delicada!... ¿No decía usted, señor Galamidov, que ya no quedaban tipos gogolianos?... Pues aquí tiene usted uno. ¿No es este uno de sus tipos?... Descuidado, con los codos rotos, bizco, sin peinarse jamás... ¡Y mire como escribe!... ¡Algo horrible!... Escribe sin sentido y haciendo faltas como cualquier zapatero. Mire usted, ¡por favor!

—¡Hum!... —bramó Galamidov mirando el papel—. En efecto... Usted, señor Merdiaev, con seguridad lee muy poco.

—¡Y así no es posible, amigo! —prosiguió el jefe—. Me avergüenzo de usted! ¡Si por lo menos hubiera usted leído!...

—La lectura hace mucho —dijo Galamidov, suspirando sin motivo alguno—. ¡Mucho!... Debe usted leer, y cuando lea ya verá como su horizonte cambia radicalmente. Usted puede procurarse libros donde quiera..., en mi casa, por ejemplo. Yo mismo, si usted quiere, le traeré alguno.

—Dé las gracias, amigo —dijo Semipalatov.

—Merdiaev sonrió torpemente, movió los labios y se retiró.

Al día siguiente Galamidov llegó a nuestra oficina trayendo consigo un montón de libros. Y éste es el preciso momento en que dio comienzo nuestra historia. ¡Ni los descendientes de Semipalatov perdonaron nunca a éste un proceder tan ligero! Si hubiera sido un adolescente podría habersele perdonado; pero siendo, como era, un consejero, el perdón era imposible.

Merdiaev, a la llegada del empresario, fue llamado al despacho.

—¡Tome, amigo, y lea! —dijo Semipalatov entregándole un libro—. ¡Lea con atención!

Con manos temblorosas cogió Merdiaev el libro y salió del despacho. Estaba pálido, sus ojos bizcos giraban inquietos, como si buscaran una ayuda entre los objetos que le rodeaban. Nosotros le quitamos el libro de las manos y lo examinamos atentamente.

Era éste *El conde de Montecristo*.

—Nadie puede oponérsele —dijo con un suspiro Projov Semionich Budilda, nuestro viejo contable—. Tú procura esforzarse como puedas..., vete leyendo poco a poco, y más tarde, si Dios quiere, quizás se le olvide y te sea posible dejarlo... Tú no te asustes... Lo principal es no penetrar en la lectura. ¡Lee..., pero no penetres en esas *inteligencias*!...

Merdiaev envolvió el libro en un papel y se sentó a escribir. Aquella vez, sin embargo, no se encontraba en disposición de hacerlo. Le temblaban las manos y los ojos se le torcían en todas direcciones, uno se le iba al techo y otro al tintero. Al día siguiente, cuando llegó al trabajo, en su rostro se veían señales de llanto.

—¡He empezado cuatro veces —dijo—; pero no me ha sido posible comprender nada! ¡No sé qué de unos extranjeros!...

Cinco días después, al pasar por delante de las mesas, Semipalatov se detuvo ante Merdiaev y preguntó:

—Bien, ¿y qué?... ¿Leyó usted el libro?

—Sí, excelencia. Lo he leído.

—¿Y de qué trata lo que ha leído usted, amigo? ¡A ver... cuéntenoslo!

Merdiaev levantó la cabeza y movió los labios.

—¡Se me ha olvidado, excelencia!... —dijo al cabo de un minuto.

—Eso significa que no lo ha leído usted..., o que lo ha leído sin poner atención..., automáticamente. ¡Así no puede ser!... Tiene usted que leerlo otra vez. ¡Eso se lo recomiendo a ustedes, señores, a todos en general! ¡Todos tienen que leer! ¡Cojan ustedes libros de los que están en mi despacho, encima de la ventana, y lean! ¡Paramonov, vaya usted ahora mismo y coja un libro! ¡Vaya usted también, amigo Podjodzev!... ¡Y usted, Smirnov, también! ¡Vayan todos, señores..., se los ruego!

Todos fueron y cogieron cada uno un libro. Budilda fue el único que se atrevió a protestar. Moviendo las manos y la cabeza, dijo:

—Perdóneme, excelencia... ; pero yo antes le pediría el retiro que... Yo ya sé lo que ocurre cuando se leen esas críticas y composiciones. ¡Por culpa de ellas mi nieto mayor llama estúpida a su propia madre en su misma cara y se pasa la Cuaresma bebiendo leche! ¡Perdóneme!

—¡Es que usted no comprende de lo que se trata!... —dijo Semipalatov, que por lo general solía perdonar al viejo todas sus rudezas.

Pero Semipalatov se equivocaba. El viejo comprendía perfectamente. Al cabo de una semana, todos pudimos ver el fruto que daba aquella lectura.

Podjodzev, que leía el segundo tomo de *El judío errante*, llamó a Budilda jesuita. Smirnov empezó a venir borracho al trabajo. Sin embargo, sobre ninguno produjo la lectura tanto efecto como sobre Merdiaev. Éste adelgazó, palideció y se dio a la bebida.

—¡Projov Semionich! —imploraba de Budilda—. ¡Rezaré por usted eternamente, pero pida a su excelencia que me disculpe...! ¡Dígale que no puedo leer más! ¡Me paso leyendo la noche y el día, no duermo, no como... Mi mujer agota sus fuerzas leyéndome en voz alta, pero yo no entiendo nada. ¡Dios es testigo!... ¡Hágame esa merced!

Varias veces intentó Budilda poner a Semipalatov al corriente de lo que ocurría; pero éste se limitaba a hacer un ademán de impaciencia y, en unión de Galamidov, acusaba a todos de ignorancia. Transcurridos de esta manera unos dos meses, la presente historia estuvo a punto de tener un espantoso final.

Un día, al llegar a su trabajo, Merdiaev, en lugar de sentarse ante su mesa, se puso de rodillas en el centro de la habitación, se echó a llorar y dijo:

—¡Perdónenme, hermanos, por haber falsificado documentos!

Luego corrió al despacho de Semipalatov, se hincó nuevamente de rodillas ante él y exclamó:

—¡Perdóneme, excelencia!... ¡Ayer tiré a un pozo a un niño chiquitín! Después, golpeando el suelo, rompió a sollozar.

—¿Qué significa esto? —se asombró Semipalatov.

—Esto significa, excelencia —dijo Budilda avanzando y con los ojos llenos de lágrimas—, que se ha vuelto loco! ¡Que ha perdido el juicio! ¡He aquí lo que ha conseguido Galamidov con la famosa *lectura*!... ¡Pero Dios misericordioso todo lo ve, excelencia... y si mis palabras no le agradan, permítame que presente mi dimisión! ¡Más vale morir de hambre que presenciar semejantes cosas a la vejez! Semipalatov palideció y dio unos cuantos pasos por la habitación.

—¡Que no vuelva a recibirse a Galamidov! —dijo con voz sorda—. Y ustedes, señores, tranquilíicense. Ahora veo mi culpa. ¡Gracias, viejo!

Desde entonces no volvió a ocurrir nada. Merdiaev se curó, pero no del todo. Aún ahora, cuando ve un libro, tiembla y vuelve la cabeza.